

Miércoles, 19 de diciembre 2012

Reconstruir la Democracia

<http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2012/12/enacting-democracy.html>

La recuperación de la capacidad de razonar, el tema del post de la semana pasada en el Informe Archidruida, tiene implicaciones que van mucho más allá de lo obvio. Uno de los ejemplos que vienen primero a la mente tiene una relación directa con el asunto de esta serie de mensajes, y se desarrolla a partir de una experiencia que muchas personas me han comentado en los últimos años: la incapacidad de los estadounidenses con diferentes creencias o ideología para sentarse y tener una conversación constructiva sobre sus desacuerdos.

Aquellos de mis lectores que hayan tratado de hacer esto, a menos que tuvieran mucha suerte, habrán visto que es casi inevitable llegar a un estancamiento. Cada lado saca a relucir sus temas favoritos de conversación (y la mayoría no son más que simples fragmentos de sonido extraídos de los medios de comunicación populares). Cuando ésta cháchara deja de tener el efecto esperado en el otro lado, ambas partes lo intentan de nuevo, con resultados similares, hasta que finalmente uno (o ambos lados) se encierran en la frustración y la hostilidad.

Aunque es poco popular en estos días señalar esto, ambas partes en las actuales guerras culturales estadounidenses siguen el mismo, predecible y cansino patrón. Sí, estoy familiarizado con el reciente aluvión de psicólogos liberales que insisten en que los conservadores son demasiado irracionales como para aceptar lo que los liberales ven como verdades evidentes por sí mismas; no compro sus reivindicaciones, sobre todo porque he observado a liberales que se comportan exactamente con la misma falta de lógica en situaciones parecidas. El problema en ambos lados, tal como yo lo veo, es la degradación del pensamiento (discutido en el post de la semana pasada): la transformación maligna de nuestro discurso interno en un conjunto de vínculos arbitrarios entre ruidos verbales y reacciones emocionales simples. Si un ruido verbal produce emociones cálidas y difusas en una persona y emociones ásperas y frías en otra, no van a ser capaces de comunicarse a menos que ambos sean capaces de superar esa irreflexiva reacción y avanzar más allá de esa reacción instintiva, algo de lo que ahora son capaces muy pocos estadounidenses.

Hay otra forma útil de hablar de la confusión del lenguaje en los Estados Unidos de hoy, y es señalar que casi todo nuestro discurso colectivo se ha reducido a la comunicación fática. Esa frase aparentemente exótica describe un proceso muy familiar: el uso de ruidos verbales para indicar la pertenencia (a una comunidad o grupo) y la disposición para la interacción social. Cuando dos hombres se sientan en un bar en Cumberland y uno le dice al otro: "Entonces, ¿qué hay de los Ravens?" (Como estamos entre Baltimore y Pittsburgh, en la temporada de fútbol es eso o "¿Qué hay de los Steelers?"). La pregunta no indica ningún interés en el equipo en cuestión. Más bien, es una manera formal para reconocer la pertenencia, la presencia y la reivindicación de la otra persona en una comunidad. En un contexto diferente, la pregunta podría ser "Buen tiempo, ¿verdad?" O alguna otra expresión igualmente vacía. La forma varía, pero el contenido, o más precisamente la falta de contenido sigue siendo idéntica.

Gran parte del discurso político de hoy sirve exactamente el mismo propósito: señalar la disposición para la interacción social y reivindicar la pertenencia a una subcultura política específica... eso es básicamente todo lo que hace. Los ruidos verbales que se usan de ordinario para la comunicación fática en ese contexto varían poco en todo el panorama político, pero si participas en una conversación entre personas que más o menos están de acuerdo con las ideas políticas de cada uno, por lo general puedes averiguar con bastante rapidez las frases —cálidas y difusas o ásperas y frías— que son pertinentes; una vez que hayas hecho esto ya te puedes identificar a tí mismo con muy pocas palabras, bien como un miembro de la comunidad o como un extraño. Es un experimento que recomiendo, en parte por el valor de entretenimiento y en parte porque no hay muchas maneras mejores de aprender que mucho de lo que se despacha como pensamiento político es sólo un conjunto de señales esencialmente vacías de contenido destinadas a definir los límites de un grupo.

Es realmente notable ver la serie de cosas que se han convertido en etiquetas fáticas de subculturas políticas en estos días. No hace mucho tiempo, por ejemplo, "feliz Navidad" y "felices fiestas" eran expresiones fáticas igualmente vacías de contenido que se utilizaban desde mediados de noviembre hasta fin de año en la mayor parte de la sociedad americana. En estos días, "feliz Navidad" se ha convertido en una insignia fática del extremo más a la derecha en las guerras culturales contemporáneas, y "felices fiestas" parece estar en camino de convertirse en una insignia fática de la misma fuerza de la izquierda. Yo mismo, no tengo ningún problema en desear a mis vecinos cristianos una feliz Navidad, que es lo que están celebrando y desear un feliz Jánuca, un feliz solsticio, o incluso un Krampustide feliz a los que celebran estas otras festividades; uno de los beneficios de poder utilizar el lenguaje para fines distintos a los de la comunicación fática es que cuando lo que hay que utilizar es un ruido fático puedes elegir las señales de forma deliberada para obtener los resultados que deseas.

Por lo tanto, hay que decir que no hay nada malo con la comunicación fática, probablemente. Los seres humanos son primates sociales (con el conjunto de instintos sociales y reacciones propias de los primates) y los comentarios sobre equipos de fútbol o el clima no son más objetables en sí mismos que los gruñidos y gestos que usan los babuinos para lograr los mismos fines. El problema simplemente deriva del hecho de que el lenguaje humano tiene otras importantes funciones aparte de la fática y cuando esas otras funciones son de crucial importancia, estar atrapado en la comunicación fática no ayuda mucho.

Hay una vieja palabra, la dialéctica, que puede valer la pena introducir aquí. No, no tiene nada que ver con el marxismo. Mucho antes de la época de Hegel fue utilizada concretamente para el tipo de comunicación que más falta hace en la sociedad estadounidense en estos días, la clase de comunicación en la que dos o más personas se sientan y dicen, en efecto, "pensemos juntos." El antiguo filósofo Plotino describió la dialéctica como la parte más valiosa de la filosofía, y el punto es igual de válido hoy; la capacidad de sentarte con alguien que no está de acuerdo contigo sobre algún asunto importante, discutir el asunto, determinar que existe un terreno común donde se hallan las diferencias de opinión y, o bien resolver el desacuerdo o definir las cuestiones relevantes con el fin de resolverlo, representa un alto nivel de sabiduría práctica que la filosofía en tiempos pasados estaba empeñada en cultivar.

La dialéctica es una habilidad que se aprende, y no es algo particularmente difícil. Cualquier persona que sea capaz de distinguir entre un hecho y una opinión, que pueda reconocer una docena de los errores lógicos habituales, tenga la capacidad de seguir paso a paso un argumento desde su inicio a su conclusión, y sepa abstenerse de llevar la discusión al nivel de los insultos personales, puede convertirse con un poco de práctica en un maestro competente en muy poco tiempo. En el mundo antiguo la filosofía se enseñaba mediante técnicas dialécticas: un maestro podría iniciar una conversación con un par de estudiantes de nivel superior sobre algún tema específico y continuar a partir de ahí. Si el diálogo que surgía era bueno, no sería un simple refrito del conocimiento existente, sino la aventura de unas mentes que abren nuevos caminos; mis lectores que estén familiarizados con los diálogos de Platón, que en la práctica eran pura aplicación de la dialéctica en acción, tendrán una idea de cómo funcionaba.

Al ampliar su ámbito más allá de un círculo de estudiantes en torno a su maestro, la dialéctica se funde en la retórica. Esa es una palabra de la que se abusa en estos días, casi siempre con la pesada carga de sentimientos fríos y espinosos que se le atribuye. Pero hasta hace muy poco, la retórica era bien entendida como una de las habilidades esenciales de la ciudadanía: la capacidad de ponerse de pie y explicar, en lenguaje claro, conciso y convincente, lo que uno piensa sobre un tema determinado. De todas las habilidades de la democracia, es difícil pensar en una que esté menos valorada. ¿Cuántas veces, querido lector, has escuchado a la gente lamentarse del hecho de que nadie está dispuesto a escucharse mutuamente en Estados Unidos? Hay una razón para eso, aunque no es agradable de oír; es nadie en este país parece ser capaz de hacer un comentario coherente y sensato sobre cualquier tema y luego sentarse, callarse y dejar que alguien más tome la palabra. Hoy en día parece que se ha olvidado que una buena retórica consigue que el oyente quiera seguir escuchando.

La retórica es otra habilidad que se aprende. Hay un montón de buenos libros de texto sobre el tema, que van desde los antiguos textos griegos a tutoriales en línea que recogen las últimas palabras de moda. También hay una organización de voluntarios ([Toastmasters Internacional](#)) que enseña habilidades retóricas mediante una red de clubes locales. Tampoco es particularmente difícil de

aprender. El gran obstáculo es el terror de hablar en público que ha sido inculcado a fuego en los escolares estadounidenses por la cultura de la intimidación que impregna nuestras escuelas públicas, y que aún podría aumentar. Los beneficios del aprendizaje de la retórica no son pequeños, y no se limitan a su papel crucial en la promoción de la democracia, pero de momento sigamos con la retórica.

Cuando los ciudadanos pueden levantarse en una reunión y presentar sus puntos de vista con palabras concisas, reflexivas y convincentes la democracia se convierte en posible. Cuando no pueden —cuando lo único que hay en una reunión es un cúmulo de sonidos verbales que denotan “cálido y difuso” y “áspero y frío” al resto de los presentes y resulta que tan sólo reflejan los mismos ruidos y emociones que el hablante— la democracia no es una opción, porque es imposible establecer ninguna base común para la comunicación entre personas con diferentes reacciones emocionales a cualquier conjunto de ruidos verbales. Se puede conseguir transformar esos ruidos en palabras con significados mutuamente acordados más allá de esa barrera, pero la transformación de ruidos verbales en palabras con significados mutuamente acordados es una habilidad que ya muy pocos estadounidenses tienen.

La capacidad de conversar de una manera razonada y razonable, y la capacidad de presentar un punto de vista de forma clara, contundente y convincente son habilidades centrales del proceso democrático que ha perdido la sociedad americana contemporánea y es necesario recuperarlas pronto. Si añades esto a la capacidad básica de pensar que se explicó en el post de la semana pasada, ya tienes todas las bases de un proceso democrático. Aún no has construido nada sobre los cimientos, pero ese es el siguiente paso. El proceso democrático incluye otro conjunto de habilidades: las habilidades que permiten a las personas que se reúnan discutir temas controvertidos y acordar una respuesta colectiva a los mismos.

Esas habilidades no se encuentran en los llamados *métodos de consenso* que los activistas han mantenido (martillando en hierro frío) inútilmente durante tres décadas. Confío en que mis lectores recuerden el aluvión de autocomplaciente verborrea planteada por el movimiento de Occupy Wall Street en 2011; pero el movimiento se evaporó sin apenas dejar rastro cuando llegó el frío, y pese a las grandes afirmaciones de que resurgiría de nuevo en la primavera, no fue así. Un buen número de factores pueden explicar su fracaso, pero uno de ellos fue el [comportamiento manipulador de algunos activistas](#) (no elegidos por nadie y no sometidos a ningún tipo de vigilancia) que tomaron el control del movimiento mediante un sistema de consenso supuestamente igualitario y puso en sus manos todo el poder real y una gran cantidad de dinero procedente de donaciones.

Después de meses de debate estéril que nunca lograron dar paso a una acción significativa, la gran mayoría de los manifestantes quedaron convencidos de que sus preocupaciones no eran tenidas en cuenta, de que habían desperdiciado sus esfuerzos y simplemente se fue a casa. Esto sería lo suficientemente significativo si fuese algo nuevo, pero de hecho ha sido el resultado de casi todos los intentos de protesta organizada desde principios de la década de 1980, cuando la mayor parte de la izquierda activista adoptó el conjunto actual de métodos de manipulación de pseudo-consenso. Si quieres saber por qué la izquierda no ha logrado casi nada en los últimos treinta años, mientras que otros candidatos de derecha hacían la pelota a sus activistas y conseguían aprobar leyes, esa es una buena razón.

Lo más embarazoso es que el conjunto de herramientas del proceso democrático languidece, esperando a que alguien se dé cuenta de que los grupos liberales y radicales en el pasado solían usar métodos de organización que, por muy pasados de moda que nos parezcan, de hecho funcionan. Hay una gran cantidad de detalles, y se han escrito libros enteros sobre sus minucias, pero los elementos básicos del proceso democrático se pueden describir en un párrafo.

Funciona así: todo el mundo tiene voz y voto, pero el derecho a participar depende de la voluntad de seguir las reglas y los miembros pueden ser expulsados por conducta abusiva; el presidente de la reunión, y unas pocas personas necesarias para hacer que funcione, son elegidos para ser árbitros imparciales del proceso y pueden ser depuestos o expulsados mediante votación si abusan de su posición; una persona habla cada vez, y el presidente determina el turno de palabra; a un orador excesivamente prolijo se le puede mandar callar (bien por el presidente o por el voto de los miembros); una vez que se ha procedido a la votación sobre cualquier tema, el asunto no puede ser sometido

nuevamente a un nuevo debate sin una mayoría de 2/3, para impedir que una minoría con posibilidad de fijar la agenda acapare los asuntos de debate. Por último, el objetivo de la reunión, y el de todo el proceso, es llegar a una decisión, actuar en consecuencia, y volver a casa a una hora razonable.

Ese es el proceso democrático. Evolucionó orgánicamente lo largo de muchos siglos, desde sus orígenes en las prácticas rudas, pero eficaces, de las asambleas tribales anglosajonas y, lo mismo que otros sistemas orgánicos, se ve poco riguroso pero funciona mucho mejor que las abstracciones idealizadas cocinadas por los radicales de cualquier extremo político. Es fácil comparar desfavorablemente el proceso democrático con cualquier abstracción idealizada, pero el movimiento se demuestra andando. Aquellos que quieren demostrar que algún otro sistema es tan eficaz como el proceso democrático pueden ensayar ese sistema alternativo a pequeña escala (con las organizaciones de voluntarios y comunidades locales) y demostrar que funciona. Después de todo, así fue como el proceso democrático surgió como la opción por defecto en el mundo occidental: en la práctica, en muchas organizaciones de voluntarios, comunidades locales, partidos políticos y grupos de protesta, ha resultado ser más eficaz que sus alternativas.

Debo decir, por último, que incluso la más enérgica reactivación de los elementos fundamentales de la democracia no es probable que afecte gran cosa a la esfera política por lo menos en un par de décadas; deberá transcurrir al menos una generación para superar la pura inercia de un diálogo político tan degradado como el nuestro. La clave del restablecimiento de estas cosas es sentar las bases para el futuro. En este momento, en los años de decaimiento de la Era de la abundancia, es bastante fácil aprender las cosas que he discutido en las últimas semanas; los recursos intelectuales necesarios para un proyecto de este tipo se pueden encontrar fácilmente en las bibliotecas y en Internet, hay un gran número de personas con suficiente tiempo libre para invertirlo en el proyecto de tal manera que se puede hacer mucho. En cuanto avance el agotamiento de los recursos, se dañe la infraestructura de distribución, aumente la inestabilidad del medio ambiente, y el resto del brebaje de la poción bruja que burbujea en el caldero del futuro que hemos ido preparando, es menos probable que podamos hacer algo. Por tanto, todo esfuerzo que hagamos para conseguir que en el futuro lejano siga existiendo el proceso democrático y las habilidades que lo permitan tiene que empezar ahora, o pronto.

Es un buen momento para mantener esa lógica en mente. Mis lectores con jardín, ya están planeando lo que harán el nuevo año, ya estarán buscando en los catálogos de semillas y calculando, al menos a ojo, lo que van a necesitar para la siembra de primavera. En el mismo sentido, aunque en una escala más grande (y más desalentadora), aquellos de nosotros que estamos viendo como se acumulan en el horizonte las nubes de tormenta debemos estar pensando en las semillas que almacenar para una primavera más lejana. En mi opinión, al menos, no hay mayor desafío ni trabajo más importante que hacer.

Mientras tanto, me gustaría desearos a todos un bendito solsticio, o cualquier otra fiesta que su fe o tradición asigna a esta época del año. La próxima semana, cuando el invierno ya esté aquí y hayan pasado las fiestas, tendremos mucho más de qué hablar.